

EL INCONSCIENTE ES LO QUE DECIMOS¹

Adriana Hercman

En su artículo *Experiencia y pobreza*, de 1933, Walter Benjamin relata la fábula del anciano que en su lecho de muerte hace saber a sus hijos que en la viña hay un tesoro escondido. Para dar con él, ellos sólo tienen que cavar. Así lo hacen durante días, pero sin encontrar señales del tesoro. Fue recién al llegar el siguiente otoño que la viña dio frutos como nunca antes lo había hecho. El anciano había legado a sus hijos una experiencia y la moraleja que ésta transmite, sería: *la bendición no está en el oro sino en la laboriosidad*. Es quizás con este relato en mente que Lacan, en 1964, dice a sus oyentes: “*Di a mi auditorio modelos antiguos, pero sólo les proporcioné el aparato para cavar en este campo. No soy de los que dicen- Hijos míos aquí hay un tesoro-para que por eso me vayan a labrar el campo. Les procuré la reja y el arado, a saber, que el inconsciente está hecho de lenguaje. Lo que ahora hay que decir es: El tesoro sólo puede encontrarse en la vía que anuncio*”.

Freud funda el psicoanálisis con la interpretación de los sueños, doctrina que se diferenció de otras como una porción de territorio arrancada a la superstición y a la mística. Al respecto las afirmaciones freudianas eran de tal grado de extrañeza que confirieron a la doctrina de los sueños el papel de un *shibboleth*, es decir que su uso y aplicación decide en cada caso si se la formula desde el discurso del psicoanálisis o desde otro discurso. Es lo que sucede con el término inconsciente.

Freud leyó en el entrelíneas de los sueños un “contenido latente” y en los síntomas, la cifra de un sentido. No debe sorprendernos entonces que los primeros analistas se hayan dejado cautivar por la riqueza tan prolífica como insospechada de los fantasmas. Allí donde la lectura de los analistas de la segunda y tercera generación volvía a cerrar la hiancia del inconsciente psicologizando la teoría analítica, Lacan - con la consigna de

¹ Trabajo presentado en las jornadas de Triempo, Institución Psicoanalítica el 17 de noviembre de 2012.

retorno a la letra freudiana-, nos procuró la reja y el arado, es decir la llave con que acceder a una lectura que nos permita aprehender ya no los contenidos del inconsciente sino su estructura, estructura ésta que va a contrapelo de todo recurso a lo universal o a lo ya sabido. Es en *La interpretación de los sueños*, en *La psicopatología de la vida cotidiana* y en el rasgo de ingenio -es decir, en el campo en que se funda una praxis bajo el nombre de inconsciente-, donde reconocemos que son las leyes propias del lenguaje las que constituyen su causalidad, causalidad lógica más que psíquica. Desde esta perspectiva, el síntoma deja de entenderse como sentido a ser revelado, como sostendría gustosa una doctrina hermenéutica, para señalar que es su mismo sinsentido el que indicará un sentido siempre por venir.

Sabemos que en 1963 Lacan interrumpe su enseñanza tras la primera y única clase del seminario *Los nombres del padre*. Mientras la institución supuestamente guardiana de la legitimidad freudiana lo condenaba y la literatura analítica no hacía más que obturar toda eficacia de los conceptos fundamentales, Lacan decidió depositar su confianza en el discurso psicoanalítico y entre la IPA y Freud, claramente eligió a Freud. Es lo que lo lleva, pocos meses más tarde, a retomar su enseñanza en otro lugar y con otra propuesta: la de trabajar sobre los fundamentos del psicoanálisis como ocasión –dirá Lacan- de *esclarecer lo abrupto de lo real en el campo legado por Freud a nuestro cuidado*.

Entiendo que de esta manera Lacan pretende no dejarse encerrar en los atolladeros de una transmisión “religiosa” del psicoanálisis: al revisar y redefinir los conceptos fundamentales, los muestra anudados por una función más general que le confiere su valor operatorio, la función del significante como tal.

La idea de concepto que maneja Lacan está lejos de ser la de aquello con lo que se lograría aprehender acabadamente una realidad. Más bien aproxima esta concepción a la idea de cálculo infinitesimal y esto porque la elaboración conceptual de lo que en psicoanálisis llamamos inconsciente no podría nunca cobrar forma acabada a la manera de una cantidad finita. Recordemos el concepto de *Unbegriff* (Sem. X y XI) no tanto como falta de concepto sino como concepto de falta que ordena la cuestión de los otros conceptos en el discurso del psicoanálisis

Hecha esta salvedad, podemos preguntarnos entonces qué es lo que hace del inconsciente un concepto fundamental. Para entenderlo, fui al artículo “*Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis*” de 1912. En este trabajo, Freud había expuesto en pocas y claras palabras el sentido que en el psicoanálisis, y sólo en él, se atribuye al término “inconsciente”. El aspecto sistemático había ya dejado ampliamente atrás a su significación como propiedad o atributo. El inconsciente comienza a tomar la forma de

un saber no sabido no calcula ni juzga, lo que no le impide trabajar hasta en los sueños. Los lapsus, olvidos, los sueños, los errores de la memoria, se reconducen vía interpretación a pensamientos que son a la vez inconscientes y eficientes. Encontramos en estas formulaciones relativas a lo inconsciente, y especialmente en los escritos *Acerca de los dos principios del acaecer psíquico* y el más tardío *El fetichismo*, lo que entiendo constituye el paso necesario y conducente de lo que será la división, la esquizia estructural en la que podemos reconocer en Freud al sujeto dividido formalizado por Lacan.

Al revisar los fundamentos de psicoanálisis, Lacan formula una teoría del sujeto supuesto saber que sitúa al sujeto del inconsciente en relación al sujeto de la ciencia y de la religión. Si la ciencia se define a partir del estatuto de forclusión que allí tiene el sujeto, ¿cómo fundar el psicoanálisis en el deseo del analista, -como hace Lacan en este seminario- sin expulsarlo a la era pre científica, pre cartesiana? Es que se trata más bien de que al formular que el sujeto del psicoanálisis no es otro que el sujeto forcluido de la ciencia, Lacan articula estructuralmente estos dos campos. Lacan articula el fenómeno del inconsciente a la revisión del sujeto cartesiano, lo que le permitirá pocos años más tarde afirmar que el discurso del psicoanálisis revela lo que el cogito enmascara.

En el escrito *Posición del inconsciente*, contemporáneo al seminario de los cuatro conceptos, Lacan se propone devolver su estatuto al concepto de inconsciente yendo directamente a los hechos de la experiencia freudiana. Critica y denuncia el enorme fraude que implica sostener la pretendida unidad de la conciencia y demuestra que la única función homogénea de la misma la encontramos en la captura imaginaria del yo por su reflejo especular y en la función de desconocimiento ligada a ella. Frente a la pretensión de un uno cerrado donde residiría su falsa unidad, Lacan propone que el uno que la experiencia del inconsciente introduce es el uno de la ranura, del rasgo, de la hiancia, de la ruptura. El inconsciente ha de buscarse en todo discurso, en su enunciación, en la Otra escena, en el *anderer Schauplatz*.

En este escrito encontramos que: el inconsciente, efecto de la palabra sobre el sujeto, *es un concepto forjado sobre el rastro de lo que opera para constituir un sujeto*. Y un poco más adelante: *El inconsciente es lo que decimos*. Es que fue allí, en una frase pronunciada o escrita donde algo viene a tropezar, en la superficie de lo que decimos, donde Freud fue a buscar el inconsciente. Inconsciente que se revela en la sincronía de lo que se dice y que plantea su enigma en cada tropiezo del enunciado que muestra la hiancia que lo estructura. Hiancia que es la presencia misma del deseo como resto de toda demanda. Todo lo que allí se realiza se presenta como descubrimiento, como si en ese modo pulsativo del inconsciente, en el carácter de evanescencia que le es inherente, todo lo que por un instante

aparece en su ranura estuviese destinado a cerrarse, a escabullirse, a desaparecer, instaurando así la dimensión permanente de la pérdida.

Si abordar las bases del psicoanálisis supone introducir cierta articulación entre los conceptos principales que la fundan, esta articulación aflora en la manera en que Lacan aborda el concepto de inconsciente, al que no puede separar de la presencia del analista, siendo inconsciente y transferencia, dos conceptos que se encuentran fuertemente ligados.

El Inconsciente es resituado por Lacan en su carácter de pulsación temporal y la transferencia, definida por su tiempo de cierre ligado al engaño del amor, se integra en su movimiento a esa pulsación de apertura y de cierre. Para Lacan, el cierre del inconsciente da la clave de su espacio y de la impropiedad que significa hacer de él un dentro, se trata de una estructura de borde, en que su cierre y entrada son respectivamente el sujeto y el Otro y en que el inconsciente es entre ellos su corte en acto.

Lacan también situará el encuentro del analizante con el analista como del orden del hallazgo, del descubrimiento: encuentro con el analista que paradójicamente se produce justo en el punto de convergencia al que el análisis es empujado por la faz engañosa que encierra la transferencia. La transferencia es presentificación del cierre del inconsciente, *el fracaso, siempre en el momento exacto, del buen encuentro*. El analista, guiado por la función deseo de analista, encuentra que la única manera de que esta estructura de borde se abra es llamando desde su interior. Un lugar que no tiene nada de turístico porque no se llega nunca a su entrada sino en el momento de su cierre. Es dar con esta estructura hiante lo que hace decir a Lacan que *el psicoanalista forma parte del concepto de inconsciente* y esto es así *puesto que constituye (el analista) aquello a lo que éste (el inconsciente) se dirige*. El analista mismo es una manifestación del inconsciente, es el objeto mismo de la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente. Presencia del analista que encierra esa faz real, esa faz objetual que lleva a Lacan a definirla como irreductible en el Seminario XI y como inanalizable en el Seminario XVI.

Para terminar, recuerdo que Lacan distingue el psicoanálisis de la investigación. A la investigación que labra el campo en busca de algún tesoro, en la que se complace una concepción hermenéutica del análisis, Lacan opone el hallazgo de la interpretación. Frente a una política de las cosas que busca investigar, clasificar, hacer entrar el caos en el casillero, evaluar, el psicoanálisis opone una política del descubrimiento, del tropiezo, del hallazgo, de la sorpresa del encuentro.

Lacan define a la psicología como vehículo de ideales y a todo ideal como siervo de la sociedad. La nuestra lo ilustra bien cuando las distintas corrientes psicoterapéuticas no sólo abastecen las vías sino que se muestran cómplices de los votos de estudio de mercado. Si lo que se proponen es:

escuchar desde la posición de amo de un saber, donde el texto del que sufre deberá, por un lado, encajar en las coordenadas que su disciplina maneja y, por el otro, suprimir este sufrimiento subjetivo en aras de un Bien que se dice universal, tenemos que reconocer en estas operaciones el *caput mortuum* del descubrimiento del inconsciente, el no-lugar a lo incurable en el ser humano, no-lugar a un real (que Freud llamó núcleo patógeno, roca viva, ombligo de los sueños) que nunca tendrá otra existencia más que fuera de toda representación. Lacan dice al respecto: *el inconsciente de los psicólogos es debilitante para el pensamiento*. Entonces, para que no se anestesie toda capacidad de sorpresa de la verdad y el discurso del psicoanálisis continúe, los analistas no podemos dejar de volver al concepto freudiano en toda su dificultad.

Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.